

Presentación de *El Mediterráneo, ¿confrontación o encuentro?*

La Conferencia Euromediterránea celebrada en Barcelona 1995, supuso un paso esperanzador, para afrontar el reto que suponía acercar a los países mediterráneos en todos los aspectos de la cooperación, se centró en tres aspectos esenciales:

- El componente político y de seguridad que tenía por objeto la definición de un espacio común de paz y estabilidad.
- El componente económico y financiero que debía permitir la construcción de una zona de prosperidad compartida.
- El componente social, cultural y humano, encaminado a desarrollar los recursos humanos y a favorecer la comprensión entre culturas, y los intercambios entre las sociedades civiles.

Pero en la revisión del proceso de Barcelona, al cumplir su décimo aniversario en 2005, se pudo constatar, por muy diversos motivos, que las grandes expectativas previstas para la Asociación Euromediterránea no cumplieron sus objetivos, o en el mejor de los casos, obtuvieron resultados limitados. Uno de sus proyectos más ambiciosos, la creación para el año 2010 de una Zona de Libre Intercambio en el Mediterráneo, se ha mostrado ya como algo inalcanzable.

Uno de los factores centrales que influyeron en este fracaso fueron los sangrientos acontecimientos del 11-S de 2001 que abrieron una verdadera crisis de desconfianza entre Occidente y el mundo árabe e islámico, crisis que se ha visto reflejada a escala planetaria y en especial en la cuenca mediterránea. Los atentados de Madrid y Londres no hicieron sino acrecentar las percepciones negativas entre las dos orillas.

Estos lamentables sucesos acentuaron la tendencia de los Estados ribereños a dar mucha más importancia a las cuestiones estratégicas y militares, que a las relacionadas con la economía y el desarrollo, y están propiciando que las fragmentaciones predominen sobre las convergencias y los

intereses comunes. En este sentido, creemos que la militarización de la seguridad puede poner en peligro el Estado de derecho. Como hemos podido comprobar durante estos últimos años, las respuestas basadas exclusivamente en la acción militar, han resultado contraproducentes la mayoría de las veces. La utilización de una desproporcionada superioridad militar y tecnológica, no solo han resultado de una dudosa eficacia, sino que ha propiciado respuestas asimétricas de inusitada violencia por parte del **yihadismo**, al que se considera, a mi juicio de forma errónea, como una transformación en el terreno confesional y de los valores más que como un fenómeno social. Ante tales consecuencias, la cooperación internacional resulta de vital importancia.

La conflictividad en la región ha aumentado de forma alarmante, en especial en la rivera oriental euroasiática. La situación en Palestina se ha agravado a raíz de las últimas elecciones democráticas celebradas en enero de 2006, que vieron el triunfo del movimiento islamista radical Hamas. Las sanciones impuestas a los palestinos por los EEUU y la Unión Europea, a pesar de que las elecciones fueron transparentes y correctas, han tenido efectos devastadores para el pueblo palestino y no han hecho sino, mostrar una vez más, la falsedad del doble discurso sobre la promoción de la democracia en el mundo árabe. La lección que ofreció el golpe de Estado militar en Argelia en 1991 y sus gravísimas consecuencias y secuelas, no han servido para nada. El apoyo incondicional de Washington al Estado de Israel, sin precedentes en anteriores administraciones estadounidenses, hace imposible cualquier solución pacífica al conflicto palestino, y está en el origen de la sangrienta guerra intestina que sacude a la franja de Gaza.

Por su parte, el Líbano se haya atrapado entre los intereses de Siria, Irán, Israel y el terrorismo yihadista. En esta situación, el desencadenamiento de una nueva guerra civil es algo más que una peligrosa hipótesis.

En el Magreb, con el reciente ingreso de Libia en el club de los Estados árabes calificados de "moderados", los regímenes políticos, todos ellos regidos por variadas formas totalitarias de gobierno, son vistos con complacencia por las potencias occidentales. Su riqueza en hidrocarburos fósiles, el papel de sus

ejércitos en la lucha contra los grupos yihadistas – que les sirve de argumento para mantener estados de excepción – la corrupción generalizada en sus administraciones y la fuerte competencia con la creciente influencia de China en las economías magrebíes, vacían de todo contenido el discurso europeo en pro de la democratización.

Por otra parte, el proceso de integración magrebí (la Unión del Magreb Árabe creada en 1989 es una organización “dormida”), indispensable para el desarrollo de la región en todas sus aspectos, se adivina como imposible sin la solución del contencioso del Sahara Occidental.

En la Encuesta Mundial de Valores llevada a cabo en 2005, en la que se analizaron doce países islámicos, se demostró que una amplia mayoría de las personas encuestadas consideran la democracia como la mejor forma de gobierno. Sin embargo la ciega estrategia de imponer la democracia por la fuerza, para crear un "nuevo Oriente Medio" (utilizando la terminología estadounidense), han sumido a estos países en la desorientación y la incertidumbre. De Rabat a Damasco, pasando por El Cairo, el tiempo no ha afectado a unos regímenes totalitarios, que no muestran, a penas, síntomas de cambio. Y en este sentido, los europeos tenemos que levantar la voz, contra la hipócrita logomaquia democratizadora de la Unión Europea.

Otra de las causas principales del decepcionante resultado habido en la Asociación Euromediterránea, ha sido la ampliación hacia el este de la Unión, que ha requerido y requiere, la atención de los antiguos miembros, con lo que las energías necesarias para hacer realidad lo acordado en el proceso de Barcelona se han orientado hacia otra dirección. Además, hay que remarcar que las decisiones sobre el futuro del Mediterráneo se toman, frecuentemente, fuera de él o prescindiendo de él.

Por ello sería necesario que la Europa mediterránea impulsara la creación de una **"conferencia general permanente de todos los pueblos mediterráneos"**, en la que los Estados con intereses en la región, como los EEUU o Rusia, Irán o Irak podrían participar como "observadores" al mismo nivel. Para ciertos estudiosos sobre la región mediterránea, la construcción de ese espacio mediterráneo integrado por los países "naturales", es decir por los

países bañados por sus aguas, constituiría un espacio heterogéneo por definición: un espacio multicultural, pluriconfesional, políticamente diverso y con realidades económicas y demográficas dispares. Este "espacio mediterráneo" podría constituir el único antídoto imaginable contra la lógica del "choque de civilizaciones", contra el racismo poscolonial, el antisemitismo y la islamofobia y hacer retroceder a toda suerte de fundamentalismos e integristas. En fin, la construcción de este espacio político mediterráneo podría propiciar que Israel dejara de depender con exclusividad de los EEUU, aproximándole a los países, tanto de la orilla norte como a los de la sur, de donde al fin y al cabo proviene una buena parte de su población. Al mismo tiempo permitiría a los palestinos y libaneses transformar su apremiante relación con el mundo árabe, y ofrecer a Israel garantías de seguridad colectiva, a cambio de proporcionar al pueblo palestino confianza en los mecanismos del derecho y la negociación, para resolver, de una vez por todas, un conflicto que dura ya sesenta años.

Para terminar no debemos olvidar que, probablemente, es en Palestina y por extensión en Oriente Próximo, donde se juega la paz del mundo.

José Luis Gómez Puyuelo